

CONALI INFORMA

El Altar es Cristo

Al entrar en una iglesia, nuestros ojos deberían dejarse llevar inmediatamente por el elemento que constituye su médula: el altar. Estará allí, austero y solemne, silencioso y elocuente al mismo tiempo, siempre revestido con un mantel, flanqueado por unos cirios y muy cerca, una cruz con el crucificado. No debería pasar inadvertido para nadie que el altar es el punto natural donde converge todo lo demás. Quizá una iglesia no sea nada más que eso: simplemente un altar, donde todo lo demás no sea más que su caja de resonancia.

¿De dónde proviene la importancia que se le asigna al altar en el espacio litúrgico? ¿Cuáles son los rayos de luz que desprende la mesa del Señor cuando la miramos con los ojos de la teología litúrgica? Entremos un poco en su misterio.

Un poco de historia

Como es natural, al principio los cristianos no se reunían en lugares creados especialmente para el culto, sino que celebraban su fe en casas particulares, del mismo modo como Jesús había celebrado la última cena en una pieza alfombrada en un segundo piso de una casa de Jerusalén. Efectivamente, ese jueves santo no había altar, como tampoco lo hubo cuando el Señor partió el pan

junto a los peregrinos de Emaús (Cf. Lc 24). Lo que hubo fue la sencilla mesa en torno a la cual se reunía la familia para comer. Es verdad que el autor de la *Carta a los Hebreos* dice que los cristianos «tenemos un altar» (Hb 13,10), pero se refería más bien al altar como símbolo de Cristo mismo, en cuanto que él era el sacrificio ofrecido al Padre eternamente en los cielos. Era por lo tanto una manera simbólica de hablar. En ese mismo plano se ubicaba el autor del *Apocalipsis*, que también habla de un altar. Pero de nuevo, aquí también se trata de un símbolo del Cristo (Cf. Ap 6,9; 8,3).

Así, lo que los primeros cristianos tenían para celebrar el culto era una sencilla mesa, probablemente de madera. ¿Por qué entonces ellos hablaron después de altar y construyeron altares en sus iglesias? Algunos dicen que lo hicieron simplemente por imitar a las demás religiones paganas. Pero eso no es exacto. En realidad, a los cristianos les gustaba más bien distinguirse de los paganos, así como también de los mismos judíos. La razón era más bien otra, y muy interesante. La mesa que servía para la eucaristía –aunque materialmente no se diferenciaba de cualquier otra mesa– era sin embargo, del todo peculiar. San Pablo la llama «mesa del Señor» (1Co 10,21) del mismo modo que para diferenciar la cena que celebraban los cristianos de

otra cena cualquiera, hablaba de la «Cena del Señor» (Cf. 1Co 11,20). Como la Cena del Señor –la eucaristía– era un verdadero sacrificio –así lo refiere por ejemplo la *Didaché* leyendo al profeta Malaquías (1,11)- ellos comenzaron a hablar de la mesa de la eucaristía como de un altar. Así, al usar la palabra altar se pretendía subrayar la relación que había entre la mesa de la eucaristía y la concepción de la eucaristía como sacrificio. Era una manera teológica de mencionar la mesa del banquete eucarístico en cuanto que junto con ser un banquete, era también el sacrificio de Cristo.

La palabra altar servía así para identificar la verdadera identidad de la eucaristía como sacrificio. Con ello no quedaba anulado el carácter de banquete que supone la eucaristía, porque en las religiones antiguas –y el cristianismo también manifiesta una continuidad con ellas- el sacrificio consistía justamente en una comida sagrada. Banquete y sacrificio no se oponen. Y por eso el altar cristiano no consiste materialmente sólo en la piedra del sacrificio sino que tiene desde el principio forma de mesa. La eucaristía es así un acto sacrificial precisamente porque es un banquete, que es el ámbito sagrado donde se nos invita a reconocer la sacralidad de la vida y a tomar conciencia del vivir suspendidos de ese don que es el alimento, sin el cual morimos. Es por lo tanto ese ámbito en el que se pone de manifiesto que vivimos dependientes de la pródiga generosidad de Dios que en Cristo ofrece todo lo que es a los hombres.

Un breve paso por la historia nos ha servido para reconocer los elementos fundamentales del altar: éste es una mesa y es también el lugar del sacrificio. Al mismo tiempo, nos ha

servido para reconocer la importancia simbólica que tiene. En general, hoy todos los estudiosos estarán de acuerdo en que éste es el elemento más importante y solemne de todo el espacio ritual. Su importancia estará dada por su estrecha relación con la eucaristía, que es el gran sacramento, verdadero núcleo de todo el cosmos sacramental de la Iglesia.

Su simbolismo

El altar cristiano, como todos los elementos de la liturgia, es un elemento simbólico, es decir, evoca la realidad divina haciéndola presente. La liturgia tiene la extraordinaria capacidad de traducir el silencio de Dios en palabras, objetos, gestos, aromas. ¿Cuál es en síntesis el valor teológico del altar? Los padres de la Iglesia vieron en el altar un sacramento de Cristo. En su obra *De sacramentis*, san Ambrosio alude al altar diciendo que tiene «forma» de Cristo (Cf. Ambrosio, *De sacramentis*, 5,2,7; 4,2,7). Con ello quiere decir que el altar es en cierto modo un signo sagrado, un sacramento diríamos hoy día, de Cristo.

Siendo símbolo de Cristo, la importancia del altar se vio reflejada no sólo en el lugar que ocuparía al interior del espacio litúrgico, sino también en el arte con el cual los arquitectos y artistas quisieron revestirlo. La historia del arte no puede nunca soslayar ni dejar de valorar la belleza que se desprende de ellos.

Tal importancia del altar se ve reflejada cuando la Iglesia quiere dedicar uno. Pocos ritos litúrgicos pueden competir con los gestos que el obispo realiza al consagrarlo. Tras una solemne oración de dedicación, el altar será ungido, incensado, revestido e iluminado.

Como si se tratara de un neófito recién bautizado, que es ungido con el santo crisma, revestido con la túnica blanca y a quien le han entregado el cirio, la mesa del altar va ser ungido con un óleo que el obispo derramará profusamente por toda su superficie de la mesa; después se pondrá un brasero sobre el altar donde se quemará el incienso, tras lo cual se pondrá el mantel y los cirios.

¿Qué significan estos gestos tan expresivos? Hay en ellos una preciosa simbología: el altar es ungido con crisma porque el altar representa a Cristo, que fue ungido con la unción del Espíritu santo por el Padre Dios, constituyendo a Jesús como sumo sacerdote. El incienso con el que se honra el altar habla de la entidad de la oración que se pronunciará desde ese mismo lugar y que subirá a los oídos del Padre, como la misma oración de Jesús que pronunció con gritos y gemidos desde la cruz. Toda la iglesia se llenará de la fragancia de ese perfume, como la oración de Cristo penetra y alcanza a toda la comunidad de fieles. Después el altar se cubrirá con un mantel blanco, porque el altar cristiano es una mesa para el banquete de la eucaristía. Si se usa de lino nos recordará el cuerpo de Cristo que fue sepultado en un lienzo de lino limpio. Se adornará con flores y se traerán los cirios, porque Cristo es luz para alumbrar a las naciones. El simbolismo convierte al altar signo de Cristo luz del mundo que es «resplandor de la gloria del Padre» y lámpara de la Jerusalén celestial, la ciudad escatológica.

Algunas recomendaciones pastorales

Un elemento tan esencial en nuestras celebraciones, como es el altar, requiere un buen uso de él. De ahí que

me atrevo a proponer algunas recomendaciones de índole pastoral.

En lo posible el altar debe ser único. Si hay otros lugares de culto en la misma iglesia, como pueden ser un lugar para venerar una imagen de la Virgen, o de algún santo, en lo posible hay que evitar construir otro altar. Porque Cristo es uno (significado cristológico), en la iglesia debe haber un solo altar. Por supuesto, esta recomendación vale para las iglesias nuevas. Las antiguas tienen altares laterales y lo mejor será dejarlos como están, pero sin manteles ni cirios.

El material más apropiado para el altar es la piedra, así se hace más expresivo la noción según la cual Cristo es la piedra viva (Cf. 1Pe2,4; Ef 2,20). Eso no obsta que pueda ser decorado por un buen artista, sobre todo en la parte delantera del mismo.

Por su estrecha y exclusiva relación con el sacramento de la eucaristía, el altar sólo debe usarse para el fin para el cual ha sido concebido: mesa del banquete eucarístico, ara del sacrificio. No es mesa de conferencias, ni escritorio donde apoyarse para firmar algún acta por importante que esta sea. Durante la celebración eucarística, además, sólo debe usarse para la liturgia eucarística, vale decir: desde la presentación de ofrendas hasta el rito de comunión. Antes de ello, el altar debería estar absolutamente limpio (sólo cubierto con el mantel y los cirios). Ni misal, ni micrófono, ni vinajeras, ni nada. Todo ello lo pueden colocar los acólitos en el momento de la presentación de ofrendas.

Por lo mismo, desde allí no se presiden los ritos iniciales de la misa, ni la liturgia de la Palabra, y tampoco se realiza la homilía ni los ritos finales.

Es muy recomendable que siempre esté revestido por el mantel. Así aseguramos la doble valencia del signo: aunque sea ara del sacrificio, nunca deja de ser mesa para el banquete. Por lo mismo, también cuando no se esté celebrando la misa, conviene que esté puesto visiblemente para los fieles el crucifijo. Éste debe presentar a Cristo crucificado para ser visto desde la asamblea. Ojalá ese crucifijo sea una cruz astil, es decir, aquella que se apoya en el piso. Así recuerda la simbología de los padres de la Iglesia, para quienes la cruz era el árbol de la vida nueva. Y cuando se celebre la misa, el crucifijo debe mirar a la asamblea, como memoria del sacrificio. Al menos así lo dice la Introducción general del misal romano (cf. IGMR n° 308). Cuando el presbítero reza la plegaria eucarística, éste debe mirar más bien simbólicamente al Padre, a quien está dirigida precisamente la anáfora, y no a Cristo.

Se recomienda que la materialidad del altar guarde cierta relación con el ambón. Así se da expresividad a la cohesión interior que guardan la mesa de la Palabra y la mesa de la eucaristía. Ambas mesas constituyen, como sabemos, un único acto de culto. Es importante articular los otros elementos del espacio litúrgico de tal manera que guarden una relación con el altar. Nunca es conveniente que la sede, por ejemplo, esté ubicada dándole la espalda al altar, o tapándole.

De haber reliquias, que es una costumbre antiquísima en la Iglesia, no deben ponerse ni en el altar ni sobre el altar. Su lugar adecuado es bajo el altar. Para ello se construye un espacio

especial de tal modo que incluso pueda verse el relicario que las contiene.

Hemos dicho que el altar constituye el punto más importante de toda la iglesia, el punto focal hacia el cual todo debería converger. Siendo eso plenamente verdadero, hay un punto que no deberíamos olvidar. Pese a que el altar constituye el centro del espacio, el *ónfalos* cósmico, éste debe de algún modo insinuar que es una mesa de peregrinos. No hemos sido reunidos en la iglesia para reposar, sino para salir, para continuar nuestro camino hacia el monte Sión, la ciudad escatológica. Como dice el autor de la *Carta a los Hebreos*: «Vosotros, en cambio, os habéis acercado al monte Sión, a la ciudad de Dios vivo, la Jerusalén celestial, y a miríadas de ángeles, reunión solemne y asamblea de los primogénitos inscritos en los cielos, y a Dios, juez universal, y a los espíritus de los justos llegados ya a su consumación, y a Jesús, mediador de una nueva Alianza, y a la aspersion purificadora de una sangre que habla mejor que la de Abel» (Hb 12,22-24). Nuestro altar es la mediación para entrar en contacto con ese altar glorioso «que es Cristo» (Pontifical romano). Todo el dinamismo de la fe celebrada nos debe llevar a pensar en ese horizonte amplio cósmico y supracósmico. De ello se encarga de hacer memoria la preciosa anáfora romana cuando dice: «Te pedimos humildemente, Dios todopoderoso, que esta ofrenda sea llevada a tu presencia hasta el altar del cielo, por manos de tu ángel, para que cuantos recibimos el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, al participar aquí de este altar, seamos colmados de gracia y bendición».

Javier I. Barros, presbítero
Octubre 2014